

Últimas compras

Alberto Pasamontes



Image not found.

Capítulo 1

“No se por qué siempre dejo las compras para el último día” – me pregunto a mí misma, aprisionada entre la multitud de un vagón abarrotado de la línea 1 que huele a sudor y mala leche reconcentrados.

“Y este calor... ¿Por qué coño ponen la calefacción en el metro? Si es imposible tener frío con lo apretaditos que vamos. Y lo lento que va esto... ¿por qué va tan lento?”

Intento sacar una mano de entre los cuerpos embutidos en gruesos abrigos de mis compañeros de viaje para abanicarme con el catálogo de juguetes de El Corte Inglés. Levanto el hombro y doblo el brazo haciendo un giro que hasta ahora no creía humanamente posible, pero tras clavarle el codo en las costillas a un tipo enorme que me mira desde arriba con cara de profundo odio, y teniendo en cuenta que me bajo en la próxima, desisto.

-Perdón –le digo, con mi mejor sonrisa excusadora, mientras pienso “no me mires así, gilipollas, que yo también estoy incómoda” Intento distraerme mirando un cartel verde que habla de las excelencias medioambientales del suburbano madrileño encabezado por un optimista Metro es sostenible. “Claro que es sostenible, con tanta gente no podría caerme ni aunque quisiera, no te jode”.

De repente un estúpido DING DONG sale de la megafonía del tren. Un escalofrío de terror invade todo mi cuerpo, temiéndome lo peor. “No, por favor, que quiero llegar”.

“Atención señores viajeros. Siguiendo instrucciones de la Policía Municipal, y debido a la saturación existente, este convoy no efectuará parada en la Estación de Sol por motivos de seguridad. Disculpen las molestias”

¡Me cago en la puta! es lo más bonito que oigo salir de boca de los viajeros que me rodean. Yo, por mi parte, siento ganas de llorar al ver la estación de Sol, totalmente abarrotada de gente que lucha por no despeñarse al abismo de las vías al paso del tren, pasar lentamente a través de las ventanas de mi vagón. “Bueno Carla, no pasa nada, un par de minutos más en esta lata de sardinas” –me digo a mí misma, tratando de relajarme.

Llegamos por fin a la estación de Tirso de Molina, y al abrirse las puertas salimos despedidos del vagón igual que ocurría en aquel camarote de los hermanos Marx. La turba descontrolada me lleva en volandas por el andén, me hace subir las escaleras y, tras pasar arrasando los tornos de salida, me escupe literalmente en la plaza que da nombre a la estación. Bajo por la calle del Conde de Romanones –“me tocas los cojones”- pienso riendo nerviosa, y luego atravieso la calle Atocha y me meto por Carretas para llegar hasta la Puerta del Sol. Desde lo alto de la cuesta puedo ver la plaza. La decoración navideña ilumina la marabunta de cabezas que se mueve sin descanso de un lado a otro. Justo al otro lado está la calle Preciados, y en ella, los grandes almacenes. Haciendo acopio de valor me

zambullo entre el gentío ávido de sobredosis navideña.

¿Cuánta distancia puede ser? ¿Cien metros? ¿Ciento cincuenta? Ni lo sé ni me importa. El caso es que tardo veinte minutos en cruzar la puñetera Puerta del Sol abriéndome paso a empujones y mordiscos. Cuando consigo traspasar el umbral de la tienda, sudando, estresada, con una uña rota y los pies doloridos por los paquidérmicos pisotones sufridos, un chorro de aire caliente me recibe efusivamente, haciendo desaparecer el poco orden que numantamente resistía en los pelos de mi cabeza.

No importa. Decidida a terminar lo antes posible con esto, saco una lista de los regalos que tengo que comprar y, tras ojearla unos tres segundos y medio, me abalanzo como una loca hacia la sección de perfumería. Tras unos momentos de incertidumbre localizo el último frasco de Paco Rabanne pour Homme, que usa mi padre desde hace años. Con un ágil requiebro me adelanto a una vieja bruja con una carísima permanente que pretendía arrebatármelo y voy a pagar pensando "Mi tessooroooooooo", al tiempo que una mirada ladina asoma a mis ojos.

Tras la caja hay tres dependientas monísimas cobrando por turnos, y frente a ellas no menos de quince mujeres, ¡qué digo mujeres! agresivas compradoras compulsivas, esperando a ser cobradas sin respetar ningún turno. Meto el hombro para hacerme un hueco, y consigo poner el frasco de colonia en la mano de una de las dependientas tras haber esperado ¡sólo! a que cobrasen a siete de ellas.

-Me lo envuelve para regalo, por favor -le digo, al tiempo que busco mi monedero en el fondo del bolso mientras pienso "Bien, me he colado, jiji"

-Para envolver, el mostrador al fondo a la derecha con el ticket de compra -responde mecánicamente- ¿Efectivo o tarjeta?

Sus palabras llegan a mis oídos como si viniesen de una galaxia muy, muy lejana, al tiempo que un sudor frío empieza a poblar mi frente cuando mis manos no encuentran mi monedero. Repentinamente me doy cuenta de que no me ha hecho falta abrir la cremallera del bolso, porque ya estaba abierta. "No puede ser" pienso histérica. "Tranquila, mira otra vez, seguro que has buscado mal"

-¿Efectivo o tarjeta? -pregunta de nuevo la Barbie dependienta, metiéndome prisa.

Meto la cabeza en el bolso, incapaz de creer que me hayan robado. Cuando la vuelvo a sacar, la dependienta me está mirando con una ceja levantada insolentemente.

-¡Me han robado!... ¡ME HAN ROBADO! -exclamo con mi rostro contraído en una mueca desquiciada.

-Tranquila señora, ¿está segura que no lo ha guardado en otro sitio? -pregunta solícita otra dependienta.

-¿Qué insinúas niñata, que estoy imbécil y no sé lo que hago?

-Oiga señora, que yo no le he faltado al respeto -protesta, al tiempo que avisa con un leve gesto a un tipo de seguridad.

-¡Cóbreme a mí esa colonia, por favor -aprovecha la de la permanente sonriendo socarronamente- que parece que esta señora no la va a comprar.

-¡Ah, ahora lo entiendo todo, ha sido usted para poder quitarme el frasco! –la acuso hablando muy despacio en tono despectivo, mientras un pequeño tic hace temblar mi ojo derecho- ¡DEVUÉLVAME MI MONEDERO, BRUJA DECRÉPITA!

...

-¿Y cómo dice que pasó?

-Pues verás, -me explica nuevamente un Policía Municipal enorme como un armario ropero en el mostrador de la Comisaría -nos llamaron de El Corte Inglés, que su esposa había agredido a otra cliente, y estaba destrozando la sección de perfumería mientras gritaba “me cago en la vieja, Papá Noel, los Reyes Magos, la Navidad y su puta madre”

-¿Mi mujer? Si es una persona muy tranquila. ¿Está seguro de que es ella?

-Desde luego, ella misma nos dio su teléfono para que le llamásemos. Entre tres personas de seguridad de la tienda no lograban sujetarla.

-¿Mi mujer? ¿Carla Rodríguez? ¿Contra tres seguras? –mi asombro no tiene límites.

-Según dice le han robado el monedero. Mire, ahí viene.

Por una puerta aparece Carla acompañada de una Policía Municipal. Está hecha un asco; el pelo por la cara, el rimel corrido, la blusa rota, el abrigo arrastrando por el suelo, cojea del pie izquierdo porque se le ha roto un tacón, y la mirada ausente, con un tic nervioso que cada pocos segundos le hace temblar el ojo derecho.

-Carla, cariño, ¿estás bien?

Carla me mira por unos segundos como si no me conociese. Al fin, un pequeño destello sale de sus ojos y parece volver en sí.

-¡Jorge! ¿Qué haces aquí? ¿Cómo me has encontrado? –pregunta, con una tenue sonrisa en sus labios.

-Eh, me han llamado para avisarme de que estabas aquí, ¿no lo recuerdas?

-¡Qué amables! –dice Carla suavemente.

-Venga anda, vámonos a casa –le digo mientras tomo su abrigo y se lo pongo por los hombros– Podemos irnos ya ¿verdad? –pregunto al policía.

-Yo que usted la llevaría al hospital, parece un poco afectada. Tenga, no se olvide esto –me dice, alargándome unos papeles.

-¿Qué es?

-Las denuncias que han presentado El Corte Inglés y una señora con aspecto de bruja. Feliz Navidad.